

Borges y yo

Eva Kotrc̃ková

Estudiante de Filologías Española y Checa, Facultad de
Filosofía y Letras, Univ. Carolina de Praga

Al otro, a Borges, es a quien le ocurren las cosas. Yo camino por Buenos Aires y me demoro, acaso y mecánicamente, para mirar el arco de un zaguán y la puerta cancel; de Borges tengo noticias por el correo y veo su nombre en una tertulia de profesores o en un diccionario biográfico. Me gustan los relojes de arena, los mapas, la tipografía del siglo XVIII, las etimologías, el sabor del café y la prosa de Stevenson; el otro comparte esas preferencias, pero de un modo vanidoso que las convierte en atributos de un actor. Sería exagerado afirmar que nuestra relación es hostil; yo vivo, yo me dejo vivir, para que Borges pueda tramar su literatura y esa literatura me justifica. Nada me cuesta confesar que he logrado ciertas páginas válidas, pero esas páginas no me pueden salvar quizá porque lo bueno ya no es de nadie, ni siquiera del otro, sino del lenguaje o la tradición. Por lo demás, yo estoy destinado a perderme definitivamente, y sólo algún instante de mí podrá sobrevivir en el otro. Poco a poco voy cediéndole todo, aunque me consta su perversa costumbre de falsear y magnificar. Spinoza entendió que todas las cosas quieren perseverar en ser; la piedra eternamente quiere ser piedra y el tigre un tigre. Yo he de quedarme Borges, no en mí (si es que alguien soy), pero me reconozco como en sus libros que en muchos otros o en el laborioso rasgueo de una guitarra. Hacerme como yo traté de librarme de él y pasé de las mitologías del arrabal a los juegos con el tiempo y con lo infinito, pero esos juegos son de Borges ahora y tendré que idear otras cosas. Así mi vida es una fuga y todo lo pierdo y todo es del olvido o del otro.

No sé cuál de los dos escribe esta página.

Jorge Luis Borges es uno de los autores en cuya obra siguen repitiéndose siempre los mismos temas: el tiempo, la ciudad y el arrabal, la ceguera, la biblioteca, la enciclopedia, la utopía, etc. Uno de estos temas siempre presentes es la puesta en duda de la identidad del individuo. Un ejemplo paradigmático de este tema lo ofrece el ensayo del libro *El Hacedor* titulado «Borges y yo».

Para Borges su propia existencia, igual que la existencia de otras naturas del mundo, es algo muy raro, un hecho misterioso. El sombro del enigma de la vida forma la base de la poesía y de ello surge la imaginación. En este punto de vista coincide la poesía con la filosofía. Cada una de ellas, de su propia manera, trata de explicar el enigma de ser. Borges afirma que la única diferencia entre la poesía y la filosofía consiste en que la filosofía da respuestas lógicas, y la poesía, todo lo contrario, contesta metafóricamente, con imaginación. La búsqueda de sí mismo es encantadora, pero, al mismo tiempo, insostenible, porque el hombre a menudo se pierde a sí mismo, conscientemente o no, huyendo de sí mismo. Veamos así la última frase del citado ensayo: «Así mi vida es una fuga y todo lo pierdo y todo es del olvido o del otro.»

El desdoblamiento del yo está directamente relacionado con el motivo del espejo. Borges, en una entrevista para *Chicago Review*, revela de sí mismo que, muy a menudo, le persiguen pesadillas nocturnas sobre laberintos, el escribir y los espejos. El espejo crea una imagen de nuestro doble, del doble que nos quita los movimientos, los ademanes, la expresión y roba parte de nuestro yo. Sin embargo, al mismo tiempo, este doble no puede existir sin nosotros. El doble puede mirarnos desde el espejo sólo con tal de que nosotros lo miremos a él. Está unido con nosotros como la sombra.

Ahora, con su permiso, hago una pequeña digresión de Borges y yo y voy a concentrarme en el tema del doble en general. Lubomír Doležal en su estudio «Tematología estructural y semántica de los mundos posibles. El caso del doble» describe tres modos sustanciales de presentar el tema del doble en la literatura. Los llama Orlando, Amphytrion y el doble como tal. Creo que en la obra de Borges nos enfrentamos con todos estos tipos y sus variantes.

El tipo llamado Orlando quiere decir que el mismo personaje existe en varios mundos posibles. Los ejemplos más conocidos se encuentran en la mitología, o se trata, simplemente, de la reencarnación. El Orlando borgesiano podría ser Mahoma, protagonista del cuento «El doble de Mahoma» del libro *Historia universal de la infamia*.

Amphytrion representa dos personajes, físicamente idénticos, que existen en un mundo posible,

pero su identidad personal es distinta. En el caso más sencillo son los gemelos; la crítica literaria prefiere el término alemán de *Doppelgänger*. Una de las variantes de Amphytrion la hallamos en el cuento «Los Teólogos» del libro *El Aleph*. Juan de Panonia y Aureliano llevan disputas teológicas muy ásperas. Juan es quemado por herejía, porque Aureliano lo denunció a la Inquisición. No obstante, después de su muerte sesiente privado de algo muy esencial, de parte de su propio yo, de aquella parte que introdujo en las disputas con Juan de Panonia. La solución surge al final del cuento, en el cielo, delante de Dios: «Esté (Dios) se interesa tan poco en diferencias religiosas que lo tomó (a Aureliano) por Juan de Panonia», y más adelante: «Más correcto es decir que en el paraíso Aureliano supo que para la insondable divinidad él y Juan de Panonia (el ortodoxo y el hereje, el aborrecedor y el aborrecido, el acusador y la víctima) formaban una sola persona.» Otra variación de este tema la hay en el cuento «Biografía de Tadeo Isidoro Cruz», otra vez de *El Aleph*. Cruz se vio así mismo en otro hombre, en Martín Fierro, y por fin «comprendió que el otro era él.»

El doble como tal significa que dos representaciones del único personaje existen en un mundo posible. El tema se desarrolla cuando dos personajes originalmente distintos se acercan poco a poco hasta identificarse, o se identifican de una vez sin larga preparación, o sucede todo lo contrario, es decir, un personaje se desdobra en dos identidades. También contamos con la metamorfosis. La segunda encarnación no tiene que ser necesariamente otra persona, sino lo que demuestra el cuento «El Duelo» del libro *El informe de Brodie*: las segundas encarnaciones de los personajes no son otros personajes, sino sus puntales. Los dobles difieren también en cuanto al grado de autenticidad que pretende el narrador. Pueden ser meros productos de fantasía o de sueños. Para dar un ejemplo de la obra de Borges veamos el cuento «El impostor inverosímil Tom Castro», otra vez de *Historia universal de la infamia*. La identidad del protagonista, o antiprotagonista, depende del punto de vista está puesta en duda sólo por el hecho de que se cambia a menudo su nombre. Se presenta como Arthur Orton, Tom Castro y, finalmente, como Roger Charles Tichborne. Bajo el último nombre se vende por el hijo perdido de lady Tichborne. Ella lo acepta como hijo, aunque no parece en nada a su hijo perdido. Este absurdo forma la clave de un engaño diestramente pensado, porque si Tom Castro hubiera intentado parecerse al verdadero hijo de lady Tichborne, habría despertado una sospecha mucho mayor. Después de la muerte de lady Tichborne, los parientes de ella lo acusan de usurpación de estado civil y claro que está condenado. Al salir de la cárcel, viaja por el país y da conferencias públicas en las que, algunas veces, se confiesa culpable del engaño y, otras veces, se proclama el verdadero hijo de lady Tichborne. Entonces, aunque desde el principio el narrador convence al lector de que Tom Castro es un puro engañador, no olvida cubrir de dudas el final del cuento. Al fin y al cabo, el protagonista podía ser Arthur Orton o Tom Castro, ¿por qué no podría ser Roger Charles Tichborne? Y sería imperdonable no mencionar el cuento «El otro» de *El libro de arena*, en el que el viejo Borges habla con su joven doble.

Volvamos ahora a Borges y su yo. ¿Por qué el espejo es para él tan fascinante? ¿Por qué el espejo figura en tantas supersticiones? ¿Por qué es considerado, por algunas culturas, objeto mágico? Los cristales rotos traen suerte, pero las piezas del espejo roto traen mala suerte para los mágicos siete años. Algunas culturas entierran sus difuntos junto con espejos para que los espejos les guíen al otro mundo de los muertos. Los vampiros no se ven a sí mismos en el espejo y, para terminar la enumeración, un proverbio escocés dice que el que se vea a sí mismo, morirá.

¿Por qué el espejo fascina? Forma frontera entre dos mundos posibles, entre el mundo real y el mundo de la ficción, el mundo detrás del espejo, o mejor dicho, en el espejo. Por mucho que parezca que el espejo produce copias de la realidad, no es así. El espejo miente. Vuelve la realidad patas arriba. Esta podía ser la razón por la que los espejos despertaban en Borges la sensación del desdoblamiento del yo en dos, casi totalmente distintos, hasta contradictorios egos. Uno de ellos indeciso, inseguro, oculto, introverso, algo que podríamos llamar «yo privado» y el otro extroverso, el Borges-yo o el yo-Borges que viaja por todo el planeta, da conferencias, contesta las preguntas de periodistas o se convierte en el objeto de varias discusiones literarias.

Borges cuenta consigo mismo como con un personaje literario. Así que podemos decir que Borges-Dios se crea a sí mismo, a Borges-personaje literario que vive en el mundo ficticio. Daniel Balderston, autor del diccionario de frecuencias de Borges, descubrió que unas de las palabras más utilizadas en las obras de Jorge Luis Borges son *Dios* y *Borges*. El escritor tiene derecho a manejar a sus personajes literarios y portarse con ellos como Dios creador e influir sus destinos como quiera. (Esto ya se tematiza por ejemplo, en la novela *Niebla* de Miguel de Unamuno.) Pero, ¿qué extraño, si el personaje literario que el autor-Dios inventa es él mismo, su propio yo. En el poema «El Centinela», de la antología *El oro de los tigres*, habla, quizás, el Borges que no tuvo oportunidad de expresarse en el ensayo *Borges y yo*. Los dos últimos versos de este poema dicen: «La puerta del suicida está abierta, pero los teólogos afirman que / en la sombra ulterior del otro reino estaré yo, esperándome.»

El personaje literario nace de palabras, sobrevive solamente en tanto de que trascienda las palabras. Pero las palabras ya no pertenecen a la propiedad privada de nadie, sino que son partes de la lengua y la tradición. Borges cree que toda la literatura, toda la escritura forma parte del único libro que continúa creándose siempre, a lo largo de los siglos. El personaje es un elemento de la composición del libro. Si todos los libros en el mundo entero crean un libro infinito, vale

también que todos los personajes (todos los habitantes de la ficción) de todos los libros son, en efecto, un solo personaje infinito. Y podemos, igualmente, concluir, con el permiso de Borges, que el individuo del mundo real puede ser, en su principio, cualquiera de las criaturas del mundo.

[Notas]

1. Utilizo el nombre del ensayo de Jorge Luis Borges para titular este texto que podría también llamarse «Borges y su yo».
2. J. L. Borges *Zrcadla jsou zvlášť mí věc (Dva rozhovory)*, Votobia, Olomouc 1996.
3. L. Doležal, «Strukturální tematologie a sémantika možných věcí. Případ dvojník», *Česká literatura*, 1992.